

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales
© 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
© 1.25 cada semana.

Nº.
848

SANTORAL

Dom. 18	† 18º Después de Pentecostés. San José Cupertino y los mártires Metodio, Soffa e Irene.	Juev. 22	Santo Tomás de Villanueva, Gigna, Emérita mrs.
Lun. 19	Santos Jenaro, ob. y los mártires Elías, Félix y Constanancio.		CUARTO MENGUANTE a las 7.27 p. m.
Mart. 20	Santa Felipa, Teodoro y Cándida, mrs.	Viern. 23	Santos Lino, papa; y Tecla, Andrés y Juan, mrs.
Miérc. 21	San Mateo, ap. y ev.; Pánfilo y Eusebio, mrs.	Sáb. 24	NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED. Santos Gerardo, ob.; Félix y Tirso, diác.

Domingo XVIII después de Pentecostés

Evangelio según San Mateo—Cap. IX.

En aquel tiempo; subiendo Jesús en una barca, repasó el lago y vino al lugar de su residencia o a Cafarnaún. Cuando he aquí que le presentaron un paralítico postrado en su lecho. Y al ver Jesús su fe dijo al tullido: Ten confianza, hijo mío, que perdonados te son tus pecados. A lo que ciertos escribas dijeron luego para consigo: Este blasfema. Mas Jesús, viendo sus pensamientos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué cosa es más fácil, decir, se te perdonan tus pecados, o decir, levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene en la tierra potestad de perdonar pecados, levántate (dijo al mismo tiempo al paralítico), toma tu lecho y vete a tu casa. Y levantóse y fué a su casa. Lo cual, viendo las gentes, quedaron poseídas de un santo temor, y dieron gloria a Dios por haber dado tal potestad a los hombres.

Aplicación moral

Y con ser tan concluyente la argumentación por el milagro de la Divinidad de Jesucristo, no es el milagro la finalidad de su Misión, es la doctrina, es la Redención. No vino El al mundo a trastornar las leyes físicas por las que se rige, vino a santificar a los hombres, a levantarlos de lo natural a lo sobrenatural; el milagro es sólo un medio de comprobación para los incrédulos. Para nosotros, que somos fieles al Maestro y confiados súbditos del Señor, está su palabra, su amor, su Sangre, su adorable Persona a quien creemos por ser quien es; nuestra fe religiosa no es objetiva por el milagro; no se patentiza el misterio de la verdad revelada por lo que vemos y palpamos en lo prodigioso de un hecho, sino que comenzamos por creer en su posibilidad desde que aceptamos la Divinidad de Jesucristo, y el poder sobrenatural que se invoca cuando en su nombre se pide una señal milagrosa: hacemos honor a la veracidad de Dios y a la palabra de su Verbo Encarnado: y la fe así, viva y amorosa, nos justifica e inspira nuestra vida cristiana. Fijémonos en la frase evangélica del caso que hoy estudiamos, que «Jesús, viendo la fe de los que llevaron a presencia al paralítico y la del mismo enfermo», lo perdonó bondadosamente: y si curó su mal corporal fué por demostrar, a él y a los insidiosos observadores que tenía cerca, que era Dios y que le competía por lo mismo perdonar

pecados, santificar y salvar. Además que da preferencia a la salud del alma: que la del cuerpo, aún siendo un bien, es un bien secundario a veces perjudicial a quien lo busca, y que puede negarlo sin hacernos daño, antes bien mucho provecho. Aprendamos, otros, que las enfermedades y la muerte son estipendio del pecado primero, y que, si es propio del buen médico antes de curar al enfermo, hacer el diagnóstico, indagar la causa de la enfermedad y atacarla, si es posible, en su mismo origen, no había de ser Jesús menos prudente, ni había de entretener su Omnipotencia en destruir los efectos y descuidar la causa, nada más que por aliviar momentáneamente al doliente y engañarlo quizá dejando su alma muerta, y en esa muerte el germen de la muerte eterna. Soberana lección para ordenar nuestras peticiones y apelaciones ante el poder de la bondad de Jesús: nos enseña a bendecirle ante todo y sobre todo, porque nos perdona y nos salva y mide el beneficio temporal que demandamos con la medida de nuestra felididad eterna. Aprendamos que hay una mirada penetrante sobre nosotros que conoce lo que nos conviene, y que cuando nosotros nos engañamos ella no se engaña; aclamemos a Jesús como los cafarnaítas porque vemos en nuestros días maravillas de su poder.

EL COMUNISMO Y SU REMEDIO

VII

El comunismo económico gira preferentemente al rededor de estos tres trascendentales errores: el naturalismo descarado con todas sus consecuencias, el trabajo fuente única y legítimo título de propiedad y la riqueza producida por el trabajo, objeto único de la propiedad privada.

Partiendo de esta modalidad comunista de los tiempos modernos en que vivimos del principio dogmático, establecido por todos los comunistas: «De que el hombre es centro y fin de sí mismo» los comunistas económicos quedan constituidos individualmente considerados en el centro y fuente de la moral y del derecho. No cabe en el hombre comunista económico tendencia alguna externa, que le impide a buscar fuera de él fin alguno.

Surgiendo de la naturaleza, como uno de tantos seres, al parecer ciegos e inconscientes de la grandiosa fuerza del COSMOS, regresa en círculo evolutivo, a esa misma fuerza, después de haber realizado su fin único terrenal.

Estas absurdas expresiones, contrarias a la constitución esencial y natural del hombre, que fundamentalmente trastornan el orden social establecido por la naturaleza misma, forma el fondo y las explicaciones del comunista económico norteamericano, Henry George, quien sostiene que de tal manera la riqueza se identifica con el fin del hombre, que sin ella no es posible alcanzar la satisfacción de todos los goces necesarios para la perfecta y acabada felicidad terrenal.

Amarga profundamente el corazón humano este trastorno mental de estos hombres, erigidos por sí mismos, en maestros y mentores de las clases proletarias, lanzadas al abismo insondable de una ciego y profunda esclavitud.

¿Cómo y cuándo fué establecido por la naturaleza el hombre centro y fin de sí mismo? En los albores de su creación, allá, en aquel paraíso, fué por ventura, el fin, el centro de su existencia? Ciertamente que no.

En la sucesión de los siglos, en medio de las generaciones humanas, adquirió acaso este raro privilegio de los grandes soñadores comunistas económicos? Tampoco, porque en los anales de la historia de la humanidad no consta tan insólita transformación en las relaciones sociales de los pueblos.

La razón natural, la historia y el carácter actual del hombre moderno se opone a tales teorías disociadoras del orden y de la estabilidad de las naciones.

El comunismo económico tan decantado no soluciona la cuestión social, no remedia los males que afligen la humanidad, porque, al proclamar al hombre centro y fin único de sí mismo crea el más refinado egoísmo, que abiertamente pugna con el derecho de su mismo semejante.

Al afirmar, en consecuencia, que el hombre es la fuente de la moral y del derecho, queda destruída toda moralidad por la corrupción y todo derecho por el derecho individual de cada uno de los hombres a todos los goces y placeres de la tierra, que no se pueden conseguir sin las riquezas según afirman los célebres comunistas

Los comunistas económicos, por lo tanto, complican y agravan los males del proletariado, al decirles que el hombre es fin y centro de sí mismo.

El hombre no es el creador del hombre, ni tampoco es el producto de la naturaleza cósmica. El hombre, como tantas veces dijimos, ha sido creado solamente por Dios, ser esencialmente perfecto en todo orden, que obra, como todo ser intelectual por un fin determinado y concreto. Dios creó al hombre para su gloria, para un fin ultraterreno, según su propia esencia espiritual. El hombre no se señala a sí mismo el fin; el fin último

del hombre está fijado por Dios y todos los actos del hombre, por tendencia natural le inclinan a ese mismo fin enseñado por su propio Creador al cual tiende con fuerza irresistible, según la sentencia de San Agustín: Creásteme, Señor, para Ti y mi corazón está inquieto, mientras no descansen en Ti.

Comunistas económicos, seducidos tantas veces por lecturas tendenciosas, pensad seriamente que la voluntad humana, vuestra voluntad no ha tenido parte alguna en vuestra creación, ni vuestra naturaleza ni las leyes mismas de esa naturaleza dependen de vosotros.

A vosotros toca respetar, acatar y cumplir las leyes naturales y las ordenanzas procedentes de la legítima autoridad, todo lo cual implica forzosa-mente relaciones ineludibles de dependencia mutua, dependencia que elocuentemente manifiesta que no somos dueños absolutos de nosotros mismos, y que por lo mismo, ningún hombre es el centro y fin de sí mismo, sino que el Creador omnipotente es el fin esencial de todos los hombres.—R. P. C.

EL ARTE DE GOZAR

Todos, llegada cierta edad, hemos oído silbidos de serpiente, silbidos seductores y fascinadores, que nos decían:

—Jovencito inocente, ven por aquí, toma de estos frutos.

Y decíamos candorosamente:

—No; si mi mamá, si mi papá, si nuestro párroco, si el catecismo dice que eso está prohibido... que ése es el árbol del mal...

—¡Ay, qué candoroso eres!...—nos decía el silbido de la serpiente.—Precisamente aquí está la dicha. ¡Si supieras lo que es esto!... Tú no gozas hasta ahora sino como los niños, como los beatos, como los ñoños, como los cándidos... sólo de lo bueno. Eso no vale nada... ¡Ca!... ¡tontín!... lo que vale es lo malo... ¡Eso! eso es una delicia, manjar de dioses... Si lo pruebas, verás qué delicia... Serás como Dios., Ni querrás más...

Y este silbido de la serpiente de siete cabezas, que llevamos en nuestro corazón, lo hemos oído todos. Y al menos un poco le hemos hecho caso todos, desgraciadamente.

¿Y qué?... que luego de probar de ese fruto del mal, hemos visto que en él no está el gozo verdadero, sino un poco de dulzura al principio, y después la dentera, el cólico, el retortijón, las náuseas, la enfermedad, la muerte...

En resolución y esta la proposición, el verdadero goce está en los placeres lícitos y morales. El verdadero goce no está en los placeres ilícitos o inmorales.

Hay algunos que creen que la puerta de la felicidad son los placeres prohibidos, y no reflexionan que la experiencia prueba todo lo contrario.

Palmerston decía esta sentencia, que ruego que la apuntéis; puede que sea algo vuestra:

«Bien pensado, mi vida me sería aún soportable si no hubiese placeres».

Ruskin decía: «En todas partes la alegría excesiva está separada de la desesperación por un tabique delgado».

Nietzsche, que no siempre acierta como esta vez, decía: «La madre de la orgía no es la alegría, sino la falta de alegría».

Todos esos naufragos que el mar de la vida va arrojando de su seno a las playas tristes de la desesperación y del suicidio, ¿sabéis de dónde vienen?... los más del golfo de los placeres prohibidos. No se suicida el mortificado, el sobrio, el penitente; se suicida el libertino, el lujurioso, el hombre de placer.

Es tipo de hombre disgustado este del hombre de placer, por más que muchas veces lo disimule.

Fué famoso un conde benedictino del siglo pasado, que escribió sus propias confesiones a semejanza de San Agustín. Había vivido en el gran mundo, había sido uno de esos insignes desvergonzados, que, con frente endurecida, pasean por los salones del gran mundo sus grandes abominaciones cubiertas de veste aristocrática. Un día le rasgó la gracia la costra de su descaro y descubierto ante sí mismo, lleno de vergüenza y arrepentimiento, entró en un monasterio benedictino, donde dió muy buen ejemplo de virtudes. Y recuerdo haber leído en su libro de confesiones:—Nadie creerá que yo en aquel tiempo de mis glorias mundanas y conquistas de amores, estaba padeciendo horriblemente. Pero es verdad. Por mucho que yo me presentase tranquilo y triunfante, obteniendo los saludos y atenciones de los principales reyes del mundo, conquistando el amor de las más elegantes señoras de la sociedad, imponiendo mis modos y maneras en todas las modas, de modo que mi estilo de mirar, de bailar, y de sonreír, y de sorber pareciese el más elegante... en fin, por más que yo triunfase en el mundo, yo estaba lleno de amargura y de repugnancia en mi interior. Eso de saber que yo era un canalla, un libertino, un adúltero, ante el que quemaba incienso un mundo estúpido y servil; eso de verme indigno de arriba abajo a todas horas, lo mismo cuando estaba solo, que cuando era celebrado al esplendor de cientos de bujías espléndidas, me daba una vergüenza tan grande que hubiera deseado huír de mí mismo. Parecía que gozaba, pero no gozaba.

Y esto, señores, que el señor Borlof experimentaba, experimentan todos cuantos se dan a los placeres inmorales.

No, gozar no es devorar esos placeres que hoy embriagan y depravan y al día siguiente repugnan y avergüenzan.

El placer inmoral, apenas comienza a gustarse, ya excita demasiado el apetito, desequilibra el espíritu, desasosiega el alma.*

Según se va gozando y satisfaciendo más, aumenta también la inquietud, la vergüenza, el dolor, la repugnancia.

Terminado, se apaga la luz fatua que alumbraba, se extingue el fuego que calentaba; queda el rescoldo negro y sucio del pecado y del remordimiento, el dejo desapacible del mal.

¿Habéis oído la dolencia de aquel buen poeta malo, de quien Ayala decía ojalá fueras más malo?, de Campoamor?

Es la historia de un amor; de un amor prohibido. El primer capítulo fué el Deseo. El segundo es el Placer, donde ya comienza el dolor. Y el tercero es el Hastío, que dice así:

¡Pasó!... La hiel de un repugnante hastío,
ya en tu indolencia paladeando vas.
Jamás mi fe te pagará, bien mío,
ese rubor que devorando estás...
¿Jamás?... Jamás.

¡Pasó! Yo he abierto el insondable abismo
do tu inocencia sepultando irás:
El placer es verdugo de sí mismo;
jamás el gusto sin dolor verás.
¿Jamás?... Jamás.

¡Pasó! por culpa de un fúgaz contento,
siendo ludibrio de ti misma estás:
Ya el puñal de un atroz remordimiento
¡perdón!... jamás lejos de ti verás.
¿Jamás?... Jamás, paloma sin candor... ¡jamás!
¡Oh! mal haya la hora,
en que aprendí, bien mío,
que es el placer la fuente del hastío!...
Por lo menos el placer inmoral, sí.

LO QUE OLVIDAN MUCHOS PADRES

La enseñanza en el niño, de un arte, de una profesión vulgar, debería formar parte de la educación de la juventud.

Por desahogada que sea la posición de las familias, por crecida que sea su fortuna, y por elevado que sea su rango, no deben los padres sustraerse al cumplimiento de esta sencilla obligación.

El aprendizaje de un oficio despierta y fomenta en el corazón del niño virtudes sublimes, entre otras, el amor al trabajo, los hábitos de la laboriosidad, la buena costumbre de no permanecer ociosos. Preocupaciones ridículas y vanidades estúpidas obligan a muchas familias acomodadas y aún pobres algunas, a desdeñar el precepto de la institución mecánica, oponiéndose a que sus hijos aprendan un oficio.

Los hombres se extinguen, se olvidan los títulos, se gastan los millones, se pierden las posiciones más brillantes; pero un oficio, como se ejerce en todas partes, siempre es útil.

¿Qué aprenden los «niños finos» cuando sus padres son ricos? Nada que los defienda en el porvenir; en cambio, adquieren costumbres afeminadas, carecen de vigor muscular, son vanos, tonos y por ende maliciosos, egoístas, crueles, cobardes y propensos a adquirir todo género de vicios.

Mientras los padres trabajan, economizan y se privan de comodidades para reunir una fortuna que dejar a sus hijos, éstos van creciendo en la molición mientras llega el día de quedar huérfanos.

Ya lo son: ¿Qué hacen? Como no conocen el trabajo que cuesta ganar el dinero, gastan a discreción. ¿En qué? En la cantina, en el lupanar, en el garito, algunos se casan y tienen hijos; ¿para qué? para hacerlos vivir en la miseria y contagiarlos con las enfermedades que contraen en el exceso de los placeres.

No habéis visto a esos que fueron niños finos, muy *amados* de sus padres, lo que son cuando quedan en la miseria? Pues sencillamente, sinvergüenzas, carga pesada para la sociedad, mancha negra para la familia, cuyo apellido llevan. Se encanallan, y esto da la medida de su nivel moral, de lo que serán capaces de permitir que haga la mujer obligada por el hambre, por la desnudez y por la necesidad de mantener a los hijos y al marido que lleva el apellido del hombre honrado y trabajador que amó tanto al hijo, que lo hizo desgraciado para siempre.

¿Tiene éste la culpa? En rigor no, pues lo criaron para vago, cumple su deber, el culpable es el padre que amó sin talento al heredero de su apellido.—X. X.



UNOS MINUTOS DE FILOSOFIA

—Entre las bondades más notables, la 1.^a es hacer bien a todos; la 2.^a, no decir mal de nadie; la 3.^a, escuchar bien antes de responder; la 4.^a, callar cuando se está enfadado; la 5.^a, no dejar nunca de hacer el bien que se puede; la 6.^a, socorrer a los desgraciados; la 7.^a, tener compasión de sus miserias; la 8.^a, vivir en paz con todos; la 9.^a, no dar pábulo a la maledicencia; la 10.^a, desconfiar de toda narración picante.

—Los verdaderos bienes de la vida son la salud, la paz y lo simplemente necesario.

—No olvidéis que el que posee una buena biblioteca tiene mejor compañía que la vuestra.

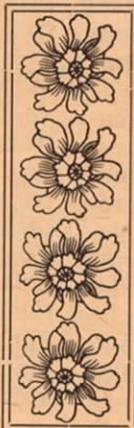
—Nunca valuamos mejor los bienes de la vida, que cuando los hemos perdido.

HIMNO A LA VIRGEN

Ya la Virgen de septiembre,
Tan hermosa con sus galas,
Cual si del cielo con ellas
Bajado hubiese a las andas,

En procesión sale al campo,
Entre vítores y salvas,
Y disparos de cohetes
Y repiques de campanas.

No lleva la faz llorosa
De una madre atribulada,
Sino la alegre y risueña
De los hijos que la aclaman,



Y por joyel en el peto,
Que reluce como un ascua,
Un haz de espigas atado
Con el cairel de una parra.

A ella debe el campesino
Tener las trojes colmadas,
Y abiertos para llenarse
El lagar y la almazara;

Pues ella vertió el rocío
Y apaciguó las borrascas,
Y el valle llenó de mieses
Y de pasto las montañas.

J. V.

FALSA VERGUENZA

Cierto cristiano se avergonzaba de hacer la señal de la cruz en presencia de un forastero.

Lo vió un amigo que, más firme en la fe, le dijo: «¡Cómo! Jesucristo no se avergonzó de morir en una cruz para redimirte, y tú te avergüenzas de hacer la señal de la libertad? El buen cristiano se honra y siente noble orgullo en tributar públicamente el culto que se debe a su Dios. Jamás abandona su religión.

Si la Magdalena, el Publicano, el Pródigo y el Buen Ladrón se hubiesen avergonzado del Hombre Dios, no habrían salido del camino de perdición.

LAS DOS CUENTAS

Un niño de diez años oyó un día una conversación relativa a algunas cuentas que habían llevado a su casa y que era preciso pagar. Entonces concibió la idea de presentar él también a su mamá la cuenta de los servicios que había prestado desde hacía algún tiempo.

Al medio día al sentarse a la mesa, la encontró en su plato esta sorprendente cuenta:

MAMA DEBE A SU HIJO

Por haber ido a buscar carbón seis veces	0'50
Por haber ido a buscar leña varias veces	0'50
Por haber hecho varios mandados	0'20
Por haber sido siempre un buen chico	0'20
Total	1'40

La madre tomó la cuenta y no dijo nada. Por la tarde, en el momento en que el chico se sentaba a la mesa, encontró en el plato la cuenta con el importe que había reclamado.

Muy satisfecho se embolsó el dinero; cuando vió otra cuenta concebida así:

MI BUEN HIJO DEBE A SU MADRE

Por diez años felices pasados en la casa	Nada
Por diez años de alimento	Nada
Por los cuidados durante su enfermedad	Nada
Por haber sido durante diez años una buena madre	Nada
Total	Nada

Cuando el chico leyó esta cuenta, no menos sorprendente, se quedó confuso. Con los ojos llenos de lágrimas y los labios temblorosos de emoción, corrió hacia su madre y se arrojó a sus brazos.

—Querida mamá—dijo devolviéndole el dinero,—te pido perdón por lo que he hecho. Mamá no debe nada a su hijo. Comprendo que nunca te podría pagar lo que te debo. Ahora haré de muy buena gana todo lo que tú quieras sin pensar en ninguna retribución.

EL "NEGOCIO" DE LOS DIVORCIOS

Dice la prensa que abogados de la frontera de México se glorían de hacer su agosto y «batir el récord» en el «negocio»

de los divorcios; pues los que cierran las puertas del país a sacerdotes y hojas católicas de Estados Unidos, las abren de par en par a los norteamericanos que quieren divorciarse. Si no es muy glorioso dedicarse a destruir casas con bombas de dinamita, ¿lo será el dedicarse a destruir hogares con «bombas» de divorcio?...

Alto ejemplo de los empleados de "EL DEBATE"

En la Iglesia de San Jerónimo de Madrid se reunieron para celebrar el cumplimiento pascual de la Confesión y de la Comunión los redactores y empleados o sea un total de 350 personas que ocuparon la nave central durante los Ejercicios que les dió el P. Alarcón presentando así un aspecto consolador. Celebrando un banquete fraternal a continuación del banquete espiritual; se envió un telegrama al Papa que contestó por medio del Cardenal Secretario de Estado, impartiendo cariñosamente a este valiente periódico católico la bendición Apostólica.

COLEGIO Y ESCUELA TIPOGRAFICA

En la casa de Oita y su Colegio anexo los PP. Jesuitas convencidos que la prensa es muy útil por la conservación y la propagación de la Fé y principalmente en Tokio donde se publican más de 700 Revistas, han abierto una imprenta de la cual salen actualmente Las Lecturas Católicas y próximamente un periódico que se dirigirá y será destinada a la juventud pagana siendo un hecho, que los japoneses, entre los pueblos son los más aficionados por la lectura.

NO SE PUEDE VIVIR SIN RELIGION

Hay aquí un fulano que siempre está repitiendo que bien se puede vivir sin religión; que lo que se necesita es pan, y ésto no lo da la religión. ¿Qué podría contestar a este tal?—A. J.

No cabe duda que se puede vivir sin religión, como se puede vivir siendo un ladrón, un concubinario, un mal padre, una mala esposa. Bien se puede vivir sin religión pero se vive mal y de un modo contrario a la naturaleza, la cual exige que la criatura honre a su Creador y le tribute sus homenajes.

«No de sólo pan vive el hombre, dice Nuestro Señor, sino de toda palabra que procede de Dios». La Religión no es de suyo para dar pan, sino para dar lo que vale mucho más que el pan: la paz del corazón y los medios para llegar al cielo.

Imp. «EL HERALDO», Cartago